

SEGUNDA PARTE

Cuadro III - Escena I

(Plaza del mercado. Amanece. En el centro, al fondo, un cuerpo sobre la pira dispuesta para quemarlo, en torno a la cual montan guardia cuatro frigios inmóviles. A la derecha, acurrucada, dormita la Vieja. Al cabo de un momento entran el Capitán y el Heraldo.)

CAPITÁN - ¡Aquí es! En el mismo sitio donde han sido quemado tantos de los nuestros. Aquí, las llamas recibieron el cuerpo de Laomedonte que reinó sobre Troya.

HERALDO *(Con voz sorda.)* - ¿Y habrá de quemársele hoy mismo?

CAPITÁN - Puesto que así lo queréis. Aunque merecería más largas exequias...

HERALDO *(Con rudeza.)* - Nuestros ritos no admiten las exequias.

(A los frigios.) Ahora volved con el resto de los frigios. Con él, constituyamos un ejército. Sin él, somos solamente una muchedumbre desterrada, donde nadie volverá a ser el mismo hasta que hayamos retornado a la patria. Yo, que nunca me aparté de su lado, me retiraré también para volver cuando esta madera sea encendida. *(Sale.)*

SOLDADO I - Adiós, Rey; Otrioneo Argonte, que hubiera dado con gusto su vida por la tuya, te abandona ahora porque para nada te sirve. *(Sale.)*

SOLDADO II - Adiós, hijo de Otreo. *(Sale.)*

SOLDADO III - Adiós, Rey. *(Sale.)*

SOLDADO IV - Adiós. Sin tú saberlo, conocí algunas de tus más secretas acciones. Yo mismo he de dar a Timene noticia de esta dolorosa desgracia. *(Sale.)*

Escena II

(Entra Tersiloco y se detiene contemplando el cuerpo y la pira.)

CAPITÁN - Si la fe que nuestros padres mantuvieron en las palabras de los suyos no fue errada, hoy, Tersiloco, quizás veamos el cadáver de Agamemón como vemos el de este desgraciado príncipe.

TERSILOCO - Eneas, que combatió a su lado, lloró contándonos su valentía.

CAPITÁN - Ideomeno fue quien le arrojó la lanza, atravesándole la garganta. Soltó el escudo e intentó aún sacar la espada, al caer en el suelo. *(Pausa.)* Pienso, Tersiloco, que aún nos quedan muchas lanzas y que por duro

que sea su pecho, también Agamenón tiene un cuello vulnerable al bronce... Además, no es la costumbre de esa hiena cuidarse en el combate, sino que busca la primera fila... Este sol, Tersíloco, que asoma sobre los atrios, quizás nos traiga grandes y maravillosos sucesos. Quizás el águila no haya venido en vano...

TERSÍLOCO - Todo puede ocurrir. Príamo ha permanecido la noche en vela en el salón del trono.

CAPTÁN - Tampoco Andrómaca ha dormido. Cuando traíamos el cadáver, lo esperé en el arco y hubimos de detenernos para que le dijera su lamentación.

TERSÍLOCO - ¿Qué le ha dicho?

CAPTÁN - No mucho. Le ha dicho: "Gracias, príncipe, que mueres en la flor de tus años, sin haberte casado. Gracias en el nombre de la viuda como yo que no dejas, en el nombre del hijo como Astianac que no ha quedado huérfano».

TERSÍLOCO - ¡Pobre Andrómaca!

CAPTÁN - "Tu alma -dijo luego- errará ligera por el campo de asfódelos, porque ningún dolor pesará sobre ella." Estas palabras dijo y todos sentimos el deseo de llorar, al oírla.

VIEJA (*Moviéndose, y con aspereza.*) - Se puede saber qué es lo que esperáis aquí?

CAPTÁN - Que venga el sacerdote a encender esta pira.

VIEJA - No está mal. Hace frío.

CAPTÁN (*Cortante.*) - Si lo desea, podemos ponerte dentro de la pira.

VIEJA - Te diría que sí y me acostaría en esa cama, si pudiera ser contigo. (*Sale.*)

Escena III

(*Entra Casandra y los otros dos observan sus movimientos. Primero se dirige hacia el pie de la pira, desde donde dijeron su adiós los frigios. Pero bruscamente, sin hablar, se aparta del sitio como si los maderos de la pira le llamaran poderosamente la atención, y se mueve examinándolos.*)

CAPTÁN (*Con acritud.*) - ¡A lo que parece, Casandra no ha visto jamás una pira!

CASANDRA (*Sin oírlo.*) - Aquí también las llamas tienen su parte.

(*A Tersíloco.*) - ¿Quién encenderá estos maderos?

TERSÍLOCO (*Desconcertado.*) - Uno de los sacerdotes. El propio Laoconte, quizás. Se trata de un rey...

CASANDRA - ¡Llámalo! (*Sale Tersíloco. Al Capitán.*) No te preocupes si demoro todavía algo antes de exaltar a Otrioneo. Se me acaba de ocurrir... Pero nadie debe preocuparse. Otrioneo hubiera comprendido...

CAPTÁN (*Cortante.*) - Tal vez. Era demasiado bondadoso con quienes no lo merecen... (*Casandra mira al Capitán con dulzura y no responde.*)

Escena IV

(*Entra Laoconte*)

CASANDRA (*Con profundo interés.*) - Me dicen que en tu profesión, Laoconte, está también encender estos maderos...

LAOCONTE - Sí... y en cierto modo, más. Es un privilegio algo triste. Todos los cadáveres ilustres... me pertenecen.

CASANDRA (*Con un estremecimiento.*) - ¡Los cadáveres!

LAOCONTE - Generalmente no se piensa en ello, pero así como tú o yo creamos lágrimas o cabellos, el reino produce cadáveres. Y cuando está triste o enfermo, como Troya lo está, produce más. (*Pausa.*) A primera vista impresiona un poco, pero es algo absolutamente natural.

CAPTÁN - Tienes una hermosa idea de la naturaleza. ¡Natural!

LAOCONTE (*Volviéndose hacia él.*) - Que haya cadáveres. Los cadáveres, no. Son... por naturaleza, antinaturales. No tienen sitio en el mundo. (*A Casandra.*) Lo natural, Casandra, dura hasta la muerte. Después todo es antinatural. Y los cadáveres lo son en tal manera, que es menester hacerlos desaparecer.

CASANDRA (*Como hipnotizada, repite.*) - Hacerlos desaparecer... ¿Es posible?

LAOCONTE - Es el oficio de Laoconte.

CAPTÁN - Un primoroso oficio!

LAOCONTE - Yo no soy el verdugo. Yo... soy el que deshace su obra.

CASANDRA - Prosigue...

LAOCONTE - Cuando de niño, empecé a ayudar a mi padre en el oficio, sentía una suerte de horror. Después uno se va habituando... Y aprendiendo. Debajo de la cabeza conviene entrelazar alerce u otra madera dura. A los pies, basta con el pino... Después cuando el fuego toca el cuerpo rígido, es como si la vida reiniciara su camino en él.

CAPTÁN - ¡La vida!

LAOCONTE - ¡Sí... la vida! La vida detenida en esa juventud helada de los cadáveres, que es la que trae la muerte. Sin ella, Casandra, la vida hubiera seguido su camino lento por el cuerpo de este príncipe destruyéndolo,

aniquilándolo día a día imperceptiblemente... Eso que ya no puede hacer la vida sobre los cadáveres, es lo que hace el fuego, Casandra, en un poco de tiempo.

CASANDRA (*Lenta.*) –El fuego... la vida... la misma cosa.

LAOCONTE –Arde, consume, aniquila... Sólo una diferencia de tiempo...

CASANDRA (*Estremeciéndose.*) –Y de poco tiempo, en cualquier caso. ¡Sólo que por donde pasa el fuego, no queda nada!

LAOCONTE –Y por donde pasa la vida. (*Pausa.*)

CASANDRA –Nada, también. La libertad completa. (*Pausa.*) ¡Laoconte! ¿qué siente el alma cuando se le arrima fuego a la carne?

LAOCONTE –¡Es curioso! (*Pausa.*) En cincuenta años es la primera vez que alguien me lo pregunta... (*Pausa.*) El alma es como si se liberara. Cuando el fuego se adueña del cadáver entonces es como si éste entregara el alma.

Creo que si me llevaran con los ojos cerrados junto a la pira donde está ardiendo alguien que no conocí al poco rato te diría cómo es su alma. Si es grande o pequeña, valerosa o cobarde, ruin o pura... (*Con emoción.*) El día en que estas manos quemaron el cadáver de tu hermano, el valeroso Héctor, su alma quemaba más que el resplandor del fuego, y nos daba vigor a todos. No habíamos más de seis hombres, aquí. ¡Pero si los griegos hubieran atacado en ese preciso momento esos seis hombres hubiéramos bastado para derrotarlos!

CASANDRA –Laoc... Lo que has dicho me ayuda más que un deseo de Zeus. Pero quiero pedirte una cosa...

LAOCONTE (*Tratando de comprenderla, y con dulzura.*) –Ya sé... Eres joven pero temes morir... Si así fuera, creo que después de veinte años, volveré al centro del bosque a traer para tu pira, el alerce más puro...

CASANDRA (*Sin inflexiones.*) –A mí ha de quemarme una mano extranjera, en un lugar lejano. Tú no, Laoconte. Un hombre más joven.

LAOCONTE –¿Lo has visto?

CASANDRA –Ayer. Nunca había pensado en ello. Ayer pensé... y lo vi.

LAOCONTE –¿Dónde?

CASANDRA –En la fuente. Pero no importa. Quería pedirte que cuando Troya caiga en manos...

LAOCONTE –¡Pero si Troya no ha de caer!

CASANDRA –No ha de caer, pero si cayera...

LAOCONTE –¡Pero es que no ha de caer! El presagio...

CASANDRA –¡Mejor! Pero si cayera...

LAOCONTE –Si cayera...

CASANDRA –¡Te pido que no corras a morir tu también! ¡Huye mejor,

refúgiate en el más recóndito sótano, en el más alejado arrabal, debajo de una cama o adentro de una tina! (*Se detiene, incapaz de seguir por la emoción.*) Al amanecer, cuando los griegos victoriosos estén borrachos en el suelo, entonces baja hasta el centro de la ciudad, y escondiéndote, busca entre los despojos de los nuestros, el cadáver de Príamo y quémalo... (*Casi llorando.*) para que su alma poderosa, liberándose, me entienda... Para que siga a su hija Casandra y le preste fuerzas en la esclavitud y la muerte en Argos... (*Se interrumpe incapaz de continuar.*)

LAOCONTE (*Con dulzura.*) –Casandra... Haré como tú quieras, pero...

CASANDRA (*Con voz profunda, mirándolo fijamente.*) ¡Laoconte!... ¡Hay hidras en el mar!

LAOCONTE (*Desconcertado.*) –¿Hidras?

CASANDRA (*Desconcertada.*) –¡Laoconte! ¡No te acerques al mar!

Escena V

(*Entran la Vieja y Tersiloco por lugares opuestos. Laoconte y el Capitán miran atentamente a Casandra. Ésta va de uno en otro, encarándolos.*)

CASANDRA (*Al Capitán.*) –¡No te acerques a Ulises! (*A Laoconte.*) ¡Cuidate de los escudos negros! ¡De un gran escudo negro, con una estrella verde en el centro! (*A la Vieja.*) ¡Mujer de Laódoco! ¡Cuidate de las llamas! ¡De las llamas que devoran los huesos secos!

CAPITÁN –¿Acabarás, Casandra? ¡Maldita la hora en que tu padre te soltó de la torre!

LAOCONTE (*Con dulzura y reproche.*) –¡Casandra!

CAPITÁN –¡Deja en paz a los que todavía respiramos, pese a tus deseos, y ocúpate mejor de lamentar a este desdichado que murió por ti!

CASANDRA (*Enfrentando la pira, desde el sitio en el cual se despidieron de Otrioneo los frigios.*) –¿Por mí?

CAPITÁN –¡Sí! ¡Por ti! ¡Laméntate y vete!

CASANDRA –Otrioneo (*Tras un sollozo.*) ¡Joven y poderoso, bueno, valiente, desdichado Otrioneo! ¡Un cerco de lanzas no consiguió apagar tu gallardía! Muerto eres aún más dulce y más hermoso... ¡El más puro de todos! ¡Casandra te agradece esta muerte inútil que le has consagrado! Desde ahora bastará que alguien pronuncie tu nombre, para que Casandra vuelva a ser, llorándote, una troyana más! ¡Una troyana que llora por un muerto y no por un condenado vivo! ¡Una troyana y no el monstruo maldito que soy! ¡Gracias príncipe por estar en el recuerdo y no en el miedo de Casandra! Quisiste que fuera tuya y yo soy para el más aterrador de los